

PERSONAJES.

Eleonora, bailarina italiana.
Ernestina, actriz francesa de la ópera bufa, retirada.
John Bull, su marido, comerciante de Kentucky.
El marqués de Arlington, inglés.
D. José Peñúñuri, banquero español.
Antonio Rossi, ministro de Italia.
Valdemiro Krauss, tenor alemán.
El general D. Jaime Souza, brasileño.
Laura..... } sus hijas.
Martina.... }
Buttler..... } jóvenes americanos.
Carlisle..... }
Tenysson.... }
Giussepa, nodriza de Eleonora.
El superintendente de la policía metropolitana,
Criados. Policías.

La escena pasa en la ciudad imperial de Nueva York.

187.....

ACTO PRIMERO.

Salon de un boarding-house.

ESCENA I

ELEONORA.—GIUSSEPA.

ELEONORA (*Llegando de la calle*). ¿No ha venido aún Valdemiro?

GIUSSEPA. No ha venido.

ELEONORA. Parece imposible. Anoche he tenido un triunfo, un verdadero triunfo, en la Academia de música. He bailado como nunca. Ni la Montaubry, ni la Biancholini, han podido hacer más en Paris y Roma. El público llegó al colmo del delirio. Sus aplausos semejaban el estruendo del Niágara. El escenario parecía un gran tapiz de flores, pues de todas partes llovían ramos á mis piés. Y cuando he tenido una ovacion tan entusiasta, ¿no te parece que Valde-

ro debería estar ya aquí, felicitándome, siendo el primero en venir á darme la enhorabuena?

GIUSSEPA. Ciertamente; él debía ser el primero.

ELEONORA. Me voy á morir de cólera, si bajan ántes el necio general brasileño, y sus dos ridículas hijas, que me aplaudían anoche y me saludaban, para que viese yo el honor que me hacían. Son inaguantables.

GIUSSEPA. Quien ya bajó, fué el banquero español.

ELEONORA. Ese hombre me repugna. No sé qué veo en su fisonomía de lóbrego: parece la puerta de una prision; se adivinan á través de ella, crímenes espantosos.

GIUSSEPA. Dicen que es sumamente rico.

ELEONORA. Riquísima es la fachada egipcia de las Tumbas, y me dió pavor cuando por curiosidad de viajera entré en esa cárcel.

GIUSSEPA. Me parece que está muy enamorado.

ELEONORA. No seas necia. ¡Y será muy capaz de no venir!

GIUSSEPA. ¿Quién?

ELEONORA. ¿Quién ha de ser? Valdemiro. Ame usted á un hombre; conságrele usted todos sus pensamientos; dedíquese toda su existencia... ¿para qué?... Para que la abandone; para que la olvide; para que la engañe. Sí; porque estoy segura de que me engaña, ó por lo ménos, de que ya lo piensa. Es increíble que sean ya las once, y que no haya venido

á felicitarle. ¿Entonces para qué bailé luciendo los primores más exquisitos de la gran escuela? ¿Para qué me aplaudió á rabiar el público? ¿Para qué me hizo repetir el paso? ¿Para qué, si el señor Valdemiro no tiene prisa de cumplimentarme por mi triunfo?

GIUSSEPA. Como italiana, eres muy ardiente; y el señor Krauss, como alemán, es muy frío. Tú hubieras querido verle desde el amanecer á tus plantas. Por eso te levantaste muy temprano, y no pudiendo sufrir la impaciencia, saliste á la calle.

ELEONORA. Salí para ir á la iglesia; sabes que voy todos los días.

GIUSSEPA. Pero nunca tan temprano. Este carácter volcánico es propio de nosotras las italianas: todas tenemos algo de Vesubio en el alma. El señor Valdemiro, como buen alemán, habrá ido primero á rasurarse para no venir con el rostro sucio, lo cual sería una inconveniencia; y ahora estará almorzando, pues las papas son el combustible de esas locomotoras humanas del Norte: sin el combustible no pueden andar... ni pensar.

ELEONORA. No deja de ser gracioso lo que dices. Según tu teoría, las papas y la cerveza, supongo que la misma opinión tienes de la cerveza. habrían producido la portentosa filosofía alemana. Pues mira, ya voy creyen-

do que tienes razon: hay en todo lo de Alemania algo de papas y cerveza. Méenos en la música: en ésa no. Yo adoro á Meyeerber: tengo mis motivos. Pero tocan el timbre de la calle. Vé á ver si es Valdemiro. (*Sale Giussepa*). Voy á dar una leccion á ese ingrato. No le he de ver.
(*Se sienta en un sillón, volviendo la espalda á la puerta*).

ESCENA II

ELEONORA.—ARLINGTON.

ARLINGTON. Buenos dias. Parece que no está aquí la ninfa de esta gruta encantada.

ELEONORA. (*Sin volverse*). No, señor, no estoy.

ARLINGTON. Esto sí tiene gracia.

ELEONORA. Es que no quiero verte, ingrato, traidor....
(*Lo dice poniéndose de pié y dirigiéndose á Arlington en la creencia de que es Krauss; pero al verle, se retira contrariada*).

¡Ah! ¿es usted, señor Arlington....? Perdóne usted.... Yo creía....

ARLINGTON. (*Riéndose*). ¡Ja, ja, ja! Parece que he sorprendido un secreto.

ELEONORA. Señor....

ARLINGTON. Pero dejemos eso, puesto que la mortifica. Tenga usted la bondad de aceptar este pequeño ramo de rosas. Son raras en invier-

no. Es mi humilde ofrenda por el triunfo de anoche. Estuvo usted admirable.

ELEONORA. Son muy bellas, y las agradezco en el alma.

ARLINGTON. Habrá usted recibido hoy muchas felicitaciones.

ELEONORA. Las de usted son las primeras.

ARLINGTON. Lo que me llena de gozo. Sí; estuvo usted asombrosa. Yo adoro el baile. No me dé usted á la Nilsson cantando, ni á la Patti, ni á la Fricci, ni á la Albani. No me dé usted á los trágicos: ni á Salvini, ni á Rossi, ni á Booth. Déme usted baile, nada más baile, y nada más á Eleonora.

ELEONORA. Es usted muy galante.

ARLINGTON. Dicen que soy excéntrico. Todos los pintores han figurado el cielo lleno de ángeles, cantando los unos, tocando otros arpas, y otros violines ó violones. Yo voy á mandar pintar á Gérome ó á Gustavo Doré, un cielo con ángeles bailando. Ése es mi cielo. Es decir, usted Eleonora, es mi cielo.

ELEONORA. Es usted muy amable. Pero creo que no debe desdñarse el canto. ¿No le agrada á usted Meyeerber?

ARLINGTON. Sí; es un genio musical. Precisamente su autoridad me sirve para demostrar lo excelso del baile. Sus grandes óperas tienen como elemento principal los bailables.

ELEONORA. Es mi autor predilecto.

ARLINGTON. ¡Ah! ya comprendo. Usted prefiere al maes-

tro aleman, porque ama usted á un tenor aleman.

ELEONORA. Arlingotn....

ARLINGTON. Eleonora, desde que conocí á usted, quise informarme de su vida y de sus costumbres. Dirá usted que esto es una indiscrecion; pero me agrada conocer bien á las personas á quienes trato. Supe que es usted hija de un antiguo coronel del ejército piemontes y de la hermana del conde Ciccione; que muy niña quedó usted sin padre, y que por haberse casado la madre de usted contra la voluntad de su hermano el viejo y egoista conde, sí, viejo y egoista, le conozco, le negó su proteccion; que obligada á entrar en el Conservatorio de Milan para formarse una carrera, salió usted de allí la primera bailarina de Italia; que en el teatro ha sido usted admirada como un modelo de virtud, á pesar de que ha muerto tambien su buena madre: y supe naturalmente los amores de usted y de Krauss, amores en que no creo mucho, porque yo dudo de todo.

ELEONORA. ¿De todo?

ARLINGTON. De todo. Por eso me llaman extravagante, excéntrico. Pero cuénteme usted cómo penetró el amor en ese corazón de ángel.

ELEONORA. Voy á contárselo, que le veo como á un bueno y leal amigo.

ARLINGTON. Ya escucho.

ELEONORA. Acababa yo de perder á mi madre; me encontraba sola en el mundo: me parecía que caminaba yo sin conciencia por un inmenso vacío. Fueron á sacarme una noche del luto de mi pobre bohardilla, para que fuese yo á bailar en el *Roberto el Diabolo*: la primera bailarina de la Scala se había enfermado. Ustedes, las gentes del mundo, que van al teatro solamente á divertirse, no comprenden nuestros sufrimientos, cuando con el dolor en el alma, salimos á la escena, cubriendo nuestro rostro con máscara de sonrisas. Llegué á la Scala: me vestí; comencé el acto del cementerio; era preciso atraer con encantamientos á Roberto, para que tomase la rama encantada; salí con sonrisas en los labios.... ¡con lágrimas en los ojos!

ARLINGTON. Y el público, entretanto, se ríe, ¡ó bosteza!

ELEONORA. Estaba yo como fuera de este mundo. Me parecía que andaba yo por nubes. Se me borraba el salón; y solamente veía una gran irradiación de luz. Roberto era como sombra impalpable que yo atraía al precipicio y que me seguía sin voluntad, por una especie de influencia magnética. La orquesta tocaba esa inspiración, ese ensueño, ese delirio, que solamente Meyerber pudo crear. Iba ya Roberto á tomar la rama.... me incliné.... le besé la frente.... la tomé....

y un aplauso estruendoso resonó por todo el salón. Pidieron la repetición, no con entusiasmo, sino con frenesí. Yo estaba como fuera de mí misma. No le había visto el rostro á Roberto. Al besarle, mis ojos se habían cerrado. Volví á comenzar el baile; volví á atraerle hacia la rama encantada.... iba á besarle segunda vez.... estaba á mis piés de rodillas.... le miré.... era muy hermoso.... me sentí como suspendida en el éter.... oía la orquesta como lejano murmurar.... debía yo besarle, y no le besaba, suspensa en delirante arrobamiento. "Bésame," me dijo. Me incliné como en un éxtasis.... y no le besé la frente..... le besé en los labios..... ¡ya le amaba!..... El público me aplaudió locamente. Esa noche salí de la Scala, con la frente cubierta de gloria, con el alma inundada de felicidad.

ARLINGTON. Imaginación, pura imaginación.

ELEONORA. No: amor, amor infinito.

ARLINGTON. Yo no creo en ese amor.

ELEONORA. ¿Duda usted?

ARLINGTON. De todo.

ELEONORA. Yo creo en la amistad de usted.

ARLINGTON. Y hace usted bien. Pero yo soy un sér excepcional. Usted cree también en la amistad de Ernestina y de su voluminoso marido; pues yo le digo á usted que dudo mucho de ellos.

ELEONORA. Muy mal hecho. Ernestina, á pesar de haberse casado con un rico comerciante, ha seguido siendo una hermana para mí, y Mister Bull un desinteresado protector.

ARLINGTON. El tiempo dirá. Raro se le va á hacer á usted el objeto de mi visita, siendo, como soy, algo incrédulo.

ELEONORA. ¿Porque ha venido usted á traerme un ramo de flores?

ARLINGTON. No: porque vengo á preguntarle á usted con toda seriedad si quiere casarse conmigo.

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! ¿Usted que no cree en el amor? ¡Ja, ja, ja! Perdóneme usted si me río. No se enfade usted. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. No me enfado: al contrario; esa risa me permite admirar sus bellísimos dientes.

ELEONORA. Es usted un extravagante.

ARLINGTON. Eso dicen.

ELEONORA. Tengo curiosidad de saber cómo se ha despertado en usted tan de repente ese amor volcánico. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. Si yo no amo á usted.

ELEONORA. ¿Y quiere usted casarse conmigo? Esto sí que es gracioso. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. Óigame usted.

ELEONORA. Soy toda oídos.

ARLINGTON. Hace un mes, que habiéndola visto bailar de una manera arrebatadora, hice que me presentaran á usted; la traté, y tomé informes de las personas que la rodeaban. Com-

prendí desde luégo, que ningun interes serio la ligaba á usted con ellas. En efecto, une á usted con Krauss el amor: pero repito, que no creo mucho en el amor. Con Ernestina la liga la amistad; pero en la amistad creo algo ménos. Con Bull la encadena una proteccion, en la cual sí que no ereo absolutamente. Quitemos estas tres mentiras, amor, amistad y proteccion, y resulta usted sola en la tierra. Pues bien, yo he pensado que ya debo casarme; y usted me conviene para esposa. ¿Está usted convencida de lo razonable de mi pretension?

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Es usted muy original. Lo razonable de su pretension consiste en negar que haya amor y amistad, pues á tanto equivale dudar del cariño de Krauss y del afecto de Ernestina y de Mister Bull.

ARLINGTON. Yo se lo probaré á usted.

ELEONORA. Pruébemelo usted, y le doy mi mano.

ARLINGTON. Le tomo á usted la palabra. ¿Palabra de honor?

ELEONORA (*Dándole la mano*). Palabra de honor. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA III

DICHOS.—PEÑÚNURI.

PEÑÚNURI (*Entrando*). Risueña está la bella Eleonora.

ELEONORA. Me hace reír el señor Arlington. Un buen

amigo. Se lo presento á usted. El señor Peñúñuri, banquero español.

PEÑÚNURI. ¿Usted viaja?

ARLINGTON. Sí señor: es la ocupacion de los grandes ociosos.

PEÑÚNURI. Hay en Edimburgo una familia de la más alta nobleza: los marqueses de Arlington.

ARLINGTON. Tambien frente al hospital de Bellevue, hay una taberna en que se toman ostras y cerveza, y el tabernero se llama Arlington.

PEÑÚNURI. Anoche estuvo usted admirable. Aquí tiene usted mi regalo de plácemes.

(*Le da un estuche con unos aretes de brillantes*).

ELEONORA. Lindísimos. Mil gracias.

ARLINGTON. ¡Ay señor Peñúñuri! estamos en el segundo acto del Fausto. Eleonora es Margarita. Yo Siebel, pues le he traído un ramo de flores. Usted es Fausto que le regala diamantes. Solamente falta Mefistófeles. Á no ser que le traiga usted dentro del cuerpo.

PEÑÚNURI. No sería extraño.

ARLINGTON. Margarita, es decir, la mujer, arrojará como siempre las flores, y preferirá las joyas.

ELEONORA. No ahora, señor Arlington.

(*Toma una rosa y se la prende en el pecho*).

PEÑÚNURI. Me ha dado usted celos.

ARLINGTON. ¿Está usted enamorado de Eleonora?

PEÑÚNURI. Permitame usted....

- ARLINGTON. Yo peco de franco. Le diré á usted que pienso casarme con ella.
- PEÑÚÑURI. Entónces somos rivales.
- ELEONORA. Son ustedes deliciosos. Parece que ignoran que yo no me quiero casar con ninguno de los dos.
- ARLINGTON. Lo veremos.
- PEÑÚÑURI. Yo creo que la ley del mundo es la fatalidad. La fatalidad me hace amar á Eleonora. La fatalidad me la entregará.
- ARLINGTON. Yo impediré á la fatalidad el que haga ese disparate.
- ELEONORA (*Aparte*). Me da miedo Peñúñuri.

ESCENA IV

DICHOS.—SOUZA.—LAURA.—MARTINA.

- LAURA. Eleonora, estuvo usted divina anoche.
- MARTINA. Yo me lastimé las manos de aplaudir.
- SOUZA. Sí: ya les dije á mis hijas, que debemos salir á comprarle á usted un regalo. Usted se lo merece.
- ELEONORA. Gracias.
- SOUZA. ¿Verdad que sí, vecino?
- PEÑÚÑURI. Ya he tenido el gusto de traer mi obsequio.
- LAURA. ¿Estas flores? ¡qué preciosas!
- ELEONORA. Las flores me las trajo el señor Arlington, que presento á ustedes.

- MARTINA. Son unas rosas muy bonitas. Voy á tomar una para mí y otra para mi hermana.
(*Las toman y se las prenden*).
- SOUZA. ¿El señor es?
- ARLINGTON. ¿Yo?..... Nada.
- PEÑÚÑURI. Viajero como ustedes.
- LAURA. ¿Tal vez diplomático?
- ARLINGTON. No señorita: no sé mentir.
- MARTINA. ¿Ó militar?
- ARLINGTON. Tampoco: no sé correr.
- SOUZA. Caballero, yo soy general.
- ARLINGTON. Por muchos años. Yo jamás he aprendido nada. ¿Pero qué estoy diciendo? Aprendí á sacar muelas. Es divertido dejar sin dientes á ese leon manso que llaman hombre.
- ELEONORA. Es usted de veras extravagante.
- LAURA (*Aparte á Martina*). ¡Puf! un dentista, gente ordinaria.
- ARLINGTON. Me ofrezco en mi profesion á las señoritas. No puedo hacerlo con usted, señor general, porque no aprendí á hacer dentaduras.
- PEÑÚÑURI. Envidio á usted su buen humor.
- ARLINGTON. ¿Hay quien quiera sacarse una muela?
- ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Me va usted á hacer morir de risa.
- SOUZA. Niñas, debemos ir á buscar el obsequio.
- LAURA. Papá, esperamos á los jóvenes que nos presentaron anoche en el teatro: no tardarán.
- MARTINA. Unos jóvenes muy finos: de las primeras familias.

- ARLINGTON. Algunos hijos de cervecedores. Aquí todas las familias han salido de toneles de *pale-ale*.
- SOUZA. Caballero, son tres jóvenes que no saben sacar muelas.
- ARLINGTON. ¿Ni eso saben? ¡Pobres criaturas!
- ELEONORA. ¿Van ustedes á disgustarse por tan poco?
- SOUZA. Es que uno, Buttler, me parece que se inclina á Laura; el otro, Carlisle, creo que está enamorado de Martina; y Tenysson es muy fuerte en diplomacia.
- ARLINGTON. Pues que los desechen ustedes con unos de terciopelo.
- PEÑÚÑURI. Tal vez ellos son: llaman.
- ELEONORA (*Aparte*). ¿Será Valdemiro?

ESCENA V

DICHOS.—BUTTLER.—CARLISLE.
TENYSSON.

- BUTTLER. Señor general.
- CARLISLE. Señoritas.
- TENYSSON. Encantadoras brasileñas. Señores.
- BUTTLER. ¿Aquí está la sublime Eleonora?
- TENYSSON. ¿Es amiga de ustedes la diosa del baile?
- ELEONORA. Caballeros.
- CARLISLE. Anoche estuvo usted como nunca.
- MARTINA. Carlisle, siéntese usted aquí.
- SOUZA. El señor es el banquero español Don José Peñúñuri.
- BUTTLER, ¿Y el señor?

- LAURA. Es un dentista.
- ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Ya me figuro á Arlington sacando muelas.
- ARLINGTON. Sublime oficio: y voy á demostrarlo. Dos jóvenes, supongo las señoritas, tienen que asistir á un baile: la una tiene tifo y la otra dolor de muelas. Llegamos el médico y yo: yo le saco la muela y el dolor, y se va al baile: el médico le saca á la otra la vida, y la llevan al cementerio. ¿Cuál es mejor oficio?
- PEÑÚÑURI. Decididamente, es usted un original.
- TENYSSON. ¿Y están ustedes contentos en esta casa?
- SOUZA. Le diré á usted..... contentos..... sí..... Nos fué recomendada por el conde de Ferreira que vivió aquí el año pasado. Pero pienso irme al hotel Brunswick, porque en un *boarding* hay que vivir mezclados con toda clase de personas. Cuando nos mudemos, tendré el gusto de invitar á ustedes á almorzar.
- (*Se han formado tres grupos: en el centro, Eleonora, Arlington y Peñúñuri; á un lado Laura, Martina, Buttler y Carlisle; y junto á la chimenea, Souza y Tenysson*).
- LAURA (*Á Buttler*). Me ha desagradado la confianza con que saludó usted á Eleonora. Una bailarina....
- BUTTLER. Celosa. En donde está usted, ¿quién puede pensar en otra mujer?

- MARTINA. Gracias por lo que me toca.
 CARLISLE. Ésa es cuestion mia.
 PEÑÚÑURI. Llevo la desgracia conmigo, señor Arlington; y es malo encontrarse en mi camino.
 ELEONORA. Nos va usted á asustar.
 SOUZA. Sí, amigo Tenyson; las conversaciones sobre diplomacia son propias nada más de los grandes talentos.
 TENYSSON. Yo soy demasiado jóven.
 ARLINGTON. Señores, cuidado: no vayan ustedes con sus combinaciones, á trastornar la América

ESCENA VI

DICHOS.—ERNESTINA.—BULL.

- BULL. Buenos dias. ¿En dónde está la sílfide?
 ELEONORA. Aquí, amigo mio.
 ERNESTINA. Eleonora.
 LAURA (*Aparte á Carlisle*). ¿Quién es este bárbaro?
 CARLISLE. No sé.
 MARTINA. No se puede vivir en *boarding*: ¡qué gente!
 BULL (*A Eleonora*). Pues aquí tiene usted nuestro regalo.
 ARLINGTON. Hermoso collar.
 ELEONORA. Gracias, amigos míos.
 TENYSSON. ¡Un collar de oro!
 SOUZA. Niñas, no se olviden de recordarme que tenemos que comprar el regalo. Eleonora, no nos ha presentado usted.

- ELEONORA. Mi protector el señor Bull. Su esposa Ernestina.
 SOUZA. ¿El Sr. Bull es senador?
 TENYSSON. La señora parece una duquesa.
 ARLINGTON. Pues no lo es. Ernestina fué cantante de la ópera bufa, y su marido es un comerciante de bueyes de Kentucky. No hay ni la antigua nobleza del ducado, ni la moderna de la senaduría; pero tienen la del dinero que es nobleza de todos los tiempos, antiguos, modernos y futuros.
 ERNESTINA. Arlington, tiene vd. tanto *esprit*, que darían ganas de quererle, si no fuera tan maldiciente.
 SOUZA. (*A Bull*). En efecto, señor Bull, este jóven se expresa muy bien para ser dentista.
 BULL. Yo no sabía que fuese dentista. Él gasta mucho dinero.
 TENYSSON. Los dentistas ganan mucho.
 LAURA. ¿Sí? Señor Arlington, tiene vd. magníficas ocurrencias.
 (*No hay necesidad de decir que el director debe disponer los grupos segun las indicaciones de la conversacion*).
 ARLINGTON. Señorita.
 MARTINA. Nos es vd. muy simpático.
 (*Arlington, que antes estaba en el grupo de las otras señoras, viene al de Souza y sus hijas*).
 ERNESTINA. Eleonora, ¿ha venido Valdemiro?

ELEONORA. No: es increíble.
 ERNESTINA. Hablando del ruín de Roma.....

ESCENA VII

DICHOS.—KRAUSS.

KRAUSS. Ernestina. Eleonora.
 ELEONORA. Valdemiro.
 ERNESTINA. Krauss.
 ELEONORA. Es vd. el último en venir á felicítarme.
 KRAUSS. ¿Felicítar á usted?
 PEÑÚÑURI. Por su triunfo de anoche.
 KRAUSS. ¡Ah! (*Acercándose á Ernestina, y aparte á ella*). Vengo de tu casa.
 ERNESTINA. (*Aparte á Krauss*). Ve á la tarde.
 ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Me parece que el amor alemán es un poco frío.
 ELEONORA. (*Aparte*). Siento morirme.
 ARLINGTON. (*A Eleonora*). Nadie se muere de eso.
 LAURA. (*A Buttler*). Mi papá dice que el mejor partido es un tenor que dé el do de pecho.
 BUTTLER. Voy á meterme tenor de la ópera.
 SOUZA. Krauss, en los *Hugonotes* no tiene usted rival.
 KRAUSS. Señor.....
 TENYSSON. Se identifica usted con su papel.
 ERNESTINA. Ese Raul me encanta.
 PEÑÚÑURI. Pasión volcánica es la del duo.
 BULL. Yo no entiendo de eso; pero aplaudo.

MARTINA. Eleonora, ¿qué á vd. no le agradan los *Hugonotes*?
 ELEONORA. Me encantan.
 CARLISLE. Yo digo lo que nuestro diplomático Tenyson; Krauss se identifica con su papel.
 ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Sí; el papel de Raul es el verdadero retrato de la heregía.

ESCENA VIII

DICHOS.—UN CRIADO.

UN CRIADO. (*Entrando*). El señor ministro de Italia pregunta si puede pasar.
 TODOS. (*Ménos Arlington y Eleonora*). Que pase; que pase.
 (*Se va el criado*).
 SOUZA. Sin duda ha sabido mi llegada, y quiere conocer á un general brasileño.
 LAURA. Eso ha de ser, papá.
 CARLISLE. Nos presentará usted.
 BUTTLER. Sobre todo, á Tenyson que es diplomático.
 PEÑÚÑURI. Tal vez viene á verme por algun negocio de banco.
 BULL. Ó querrá comprar ganado del Kentucky.
 ARLINGTON. Ó querrá sacarse los dientes.
 ELEONORA. (*Aparte*). Kraus y Ernestina hablan demasiado.
 ERNESTINA. (*Aparte á Krauss*). Si: á las cinco.

ESCENA IX

DICHOS.—ROSSI.

- ROSSI. Buenos días.
- TODOS. (*Saludan; los más con exajeracion*). Señor Ministro.
- SOUZA. (*Adelantándose*). ¡Cuánto honor! Hace tan pocos días que llegué, que no había podido pasar mi tarjeta. Mis dos hijas. Los señores Butler y Carlisle, jóvenes de las primeras familias de Nueva York. El señor Tenyson, diplomático de gran porvenir. El rico banquero español D. José Peñúñuri. El poderoso capitalista Mister Bull.
- BULL. Tengo la mejor raza de toros.
- SOUZA. Como vivimos en un *boarding*, tratamos con toda clase de personas: pero nos vamos á mudar al mejor hotel. El señor Krauss, tenor de muchísima fuerza. La señora Ernestina, antigua cantante de la ópera bufa; pero no importa, hoy está casada con Mister Bull. El señor Arlington, dentista. La primera bailarina señorita Eleonora.
- ROSSI. Á la señorita Eleonora es á quien vengo á ver.
- ELEONORA. ¿En qué puedo servir á usted?
- ROSSI. En Roma, conocí mucho á su tío de usted, el conde Ciccione. Así es que á su muerte....
- ELEONORA. ¿Ha muerto?

- ROSSI. Hace más de un año. Desde entónces se le había buscado á usted; y ahora que se supo al fin que estaba usted en esta ciudad, he recibido el encargo de entregarle estos papeles, en que consta que es usted heredera del conde, y dueña de sus bienes, cuya renta anual llega á doscientas mil *liras*.
- KRAUSS. Eleonora, felicito á usted.
- ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Ahora sí es el primero.
- ELEONORA. (*Á Arlington*). ¡Arlington!
- SOUZA. Señora condesa, permítame usted que le dé la enhorabuena.
- CARLISLE. }
TENYSSON. } Y nosotros.
BUTTLER. }
LAURA Y }
MARTINA. } Un beso, condesa.
- ERNESTINA. (*Abrazándola*). ¡Amiga mia!
- BULL. ¡Cuarenta mil *dollars* de renta!
- ELEONORA. Gracias, mis buenos amigos.
- PEÑÚÑURI. ¡Se merece usted tanto!
- ELEONORA. Arlington, solamente usted no me dice nada.
- ARLINGTON. Yo, Eleonora, le doy á usted el pésame.
- TODOS. ¿El pésame?
- ARLINGTON. Sí: una herencia y un condado son como un panal en que irán á pegarse muchas moscas; y como no hay animal que me moleste tanto como las moscas, le repito á usted mi pésame.

Telon.